

CONCLUSION.

‘ Si á ciascun l'interno affanno
Si leggesse in fronte scritto,
Quanti mai, che invidia fanno,
Ci farebbero pietá. ’

‘ METASTASIO. ’

Si la frente del hombre anunciase
El interno pesar con que lidia,
Cuantos hay, que nos causan onvidia,
Y escitarnos debieran piedad.

Era la tarde del día 16 de junio de 18...:
cumplian en este día cinco años de los
acontecimientos con que termina el capítulo
precedente, y notábase alguna agitacion en

lo interior del convento de las Ursulinas de Puerto-Príncipe. Sin duda algo extraordinario producía esta agitación, extraña en la vida monótona y triste de las religiosas. Pero qué cosa nueva ó extraña puede acontecer dentro de los muros de un convento?—¡La muerte!—este es el acontecimiento notable que forma época para las solitarias reclusas de un claustro: la muerte de alguna de ellas; la muerte que únicamente vuelve á abrir para la infeliz monja las puertas de hierro de aquel vasto sepulcro, que la arroja á otro sepulcro mas estrecho.

En el día de que hablamos era tambien la muerte la que motivaba el movimiento que se advertía en el convento. Sor Teresa estaba en las últimas horas de su vida, sucumbiendo á una consunción que padecía hacia tres años, y todas las religiosas se consternaban á la proximidad de una muerte que ya tenían prevista.

Sor Teresa era amada generalmente. Aunque fría y adusta, su severa virtud, su elevado carácter, la sublime resignación

con que habia soportado su larga enfermedad, y mil pequeños servicios que en diversas circunstancias habia prestado á cada una de sus compañeras, con la inalterable aunque fria bondad que la caracterizaba, la habian grangeado el afecto de todas, que sentian sinceramente perderla; aunque acaso algunas de ellas gozaban una especie de satisfaccion en que un acontecimiento, cualquiera que fuese, diese alguna variedad y movimiento á su triste congregacion.

Eran las seis de la tarde y las monjas comenzaban á impacientarse de que no hubiese llegado todavía la señora de Otway, á la que se habia despachado un correo á su ingenio de Bellavista, donde se hallaba, informándola de la gravedad del mal de su prima y del deseo que manifestaba de verla antes de morir. Esta dilacion enfadaba á las buenas religiosas porque, decian ellas, era una ingratitud de la señora de Otway estar tan perezosa en correr al lado de la moribunda que tanto la amaba, y á la que mostraba tan tierna correspondencia.

En efecto, muchas veces, principalmente en aquellos dos años últimos, las religiosas habian murmurado en secreto las largas visitas de Carlota á su prima; quizás por el enojo que les causaba no poder satisfacer su curiosidad oyendo lo que hablaban las dos amigas en aquellas conferencias, que tenian en frecuentes ocasiones en la celda de sor Teresa. Era un escándalo, decían ellas, aquellas conversaciones á solas infringiendo las reglas del instituto, y solo las permitia la abadesa por ser la señora de Otway parienta suya, y acaso mas aun por los frecuentes regalos que hacia al convento.

Si hubieran podido las pobres religiosas satisfacer su curiosidad oyendo aquellas conversaciones, acaso se hubieran retirado de aquella celda mas satisfechas de su suerte y menos envidiosas de la de Carlota: porque habrian oido que la muger hermosa, rica y lisongeada, la que tenia esposo y placeres venia á buscar consuelos en la pobre monja muerta para el mundo. Hubieran visto que la muger que creian

:

dichosa Morcha , y que la monja era feliz.

En efecto, Teresa habia alcanzado aquella felicidad tranquila y solemne que dá la virtud. Su alma altiva y fuerte habia dominado su destino y sus pasiones, y su elevado carácter, firme y decidido, la habia permitido alcanzar esa alta resignacion que es tan difícil á las almas apasionadas como á los caracteres débiles. Su pasion por Enrique , aquella pasion concentrada y profunda , única que se hubiese posesionado en toda su vida de aquel corazón soberbio, se habia apagado bajo el cilicio, á la sombra de las frias paredes del claustro : su ambicion teniendo por único objeto la virtud, habia sido para ella un móvil útil y santo, y á pesar de sus males físicos y de sus combates interiores , coronóse del triunfo aquella noble ambicion:

Carlota por el contrario era desgraciada y lo era tanto mas cuanto que todos la creian feliz. Joven , rica, bella , esposa del hombre de su eleccion , del cual era querida , estimada generalmente , ¿ cómo hubiera podido hacer comprender que envi-

¿diaba la suerte de una pobre monja? Obligada pues á callar delante de los hombres, solo podia llorar libremente dentro de los muros del convento de las Ursulinas, en el seno de una religiosa que habia alcanzado la felicidad del alma aprendiendo á sufrir el infortunio.

¿ Pero por qué lloraba Carlota ? ¿ cuál era su dolor ? No todos los hombres le comprenderian, porque muy pocos serian capaces de sentirle. Carlota era una pobre alma poética arrojada entre mil existencias positivas. Dotada de una imaginacion fértil y activa, ignorante de la vida, en la edad en que la existencia no es mas que sensaciones, se veia obligada á vivir de cálculo, de reflexion y de conveniencia. Aquella atmósfera mercantil y especuladora, aquellos cuidados incesantes de los intereses materiales, marchitaban las bellas ilusiones de su joven corazón. ¡ Pobre y delicada flor ! tú habias nacido para embalsamar los jardines, bella, inútil y acariciada tímidamente por las auras del cielo !

Mientras fue soltera Carlota habia go-

zado las ventajas de las riquezas sin conocer su precio: ignoraba el trabajo que costaba el adquirirlas. Casada aprendía cada día, á costa de mil pequeñas y prosáicas mortificaciones, cómo se llega á la opulencia. Sin embargo, de nada carecía Carlota, comodidades, recreaciones y aun lujo, todo lo tenía. Los dos ingleses sostenían su casa bajo un pie brillante. Pero aquellas bellas apariencias, y aun las ventajas reales de la vida, estaban fundadas y sostenidas por la incesante actividad, por la perenne especulación y por un fatigante desvelo. Carlota no podía desaprobear con justicia la conducta de su marido, ni debía quejarse de su suerte, pero á pesar suyo se sentía oprimida por todo lo que tenía de serio y material aquella vida del comercio. Mientras vivió su padre, hombre dulce, indolente como ella, y con el cual podía ser impunemente pueril, fantástica y apasionada, pudo estar también menos en contacto con su nuevo destino, y solo tuvo que llorar por ver á su esposo más ocupado de su fortuna que de su

amor, y por los frecuentes viages que el interés de su comercio le obligaba á hacer, ya á la Habana, ya á los Estados-Unidos de la América del Norte. Mas ella quedaba entonces al lado de su padre que la adoraba, y cuya debilitada salud exijia mil cuidados que ocupaban su existencia.

Pero D. Carlos solo sobrevivió dos años á su hijo, y su muerte que privó á Carlota de un indulgente amigo, y de un tierno consolador, fue acompañada de circunstancias que rasgaron de una vez el velo de sus ilusiones, y que envenenaron para siempre su vida.

Durante las últimas semanas de la vida del pobre caballero, Jorge no se apartaba un instante de la cabecera de su lecho, velándole las noches en que Carlota descansaba. Agradecía ella esta asistencia con todo el calor de su corazon sensible y noble, incapaz de penetrar sus viles motivos; pero al descubrirlos su indignacion fue tanto mas viva cuanto mayor habia sido su confianza.

Debil de caracter D. Carlos y mas dé-

bil aun despues de dos años de enfermedad, que habiau enflaquecido á la vez su cuerpo y su espíritu, fue una blanda cerra entre las manos de hierro del astuto y codicioso ingles, que logró hacerle dictar un testamento en el cual dejaba á Carlota todo el tercio y quinto de sus bienes. Ignoró Carlota esta injusticia hasta que muerto su padre se la enteró de sus últimas disposiciones, en las cuales vió la prueba inequívoca de la avaricia y bajeza de su suegro. Esplicóse franca y enérgicamente con Enrique, declarando su resolucion de no aprovecharse de aquel abuso cometido, devolviendo á sus hermanas, injustamente despojadas, aquellos bienes arrancados á la debilidad por la codicia.

Carlota se habia persuadido que su marido pensaria lo mismo que ella, pero Enrique encontró absurda la demanda de su mujer y la trató como fantasia de una niña que no conoce aun sus propios intereses. Aquel testamento era legal y Enrique no concebía los escrúpulos delicados de Carlota, ni porque le llamaba injusto y nulo.

Todas las súplicas, las lágrimas, las protestaciones de Carlota solo sirvieron para malquistarla con su suegro, sin que Enrique la escuchase jamás de otro modo que como á un niño caprichoso, que pide un imposible. La acariciaba, la prodigaba tiernas palabras y concluía por reírse de su indignación.

Carlota luchó inutilmente por espacio de muchos meses, después guardó silencio y pareció resignarse. Para ella todo había acabado. Vió á su marido tal cual era: comenzó á comprender la vida. Sus sueños se disiparon, su amor huyó con su felicidad. Entonces tocó toda la desnudez, toda la pequeñez de las realidades, comprendió lo erróneo de todos los entusiasmos, y su alma que tenía necesidad sin embargo de entusiasmos y de ilusiones, se halló sola en medio de aquellos dos hombres pegados á la tierra y alimentados de positivismo. Entonces fue desgraciada, entonces las secretas y largas conferencias con la religiosa Ursulina fueron mas frecuentes. Su único placer era llorar en el

seno de su amiga sus ilusiones perdidas y su libertad encadenada ; y cuando no estaba con Teresa huia de la sociedad de su marido y de su suegro. Muchas veces se iba á Bellavista y pasaba alli meses enteros en una absoluta soledad, ó sin otra compañía que sus hermanas ; que eran sin embargo demasiado jóvenes para poder consolarla. En Bellavista respiraba mas libremente : sentia su pobre corazon necesidad de entregarse, y ella le abria al cielo, al aire libre del campo, á los arboles y á las flores.

Asi en el dia en que comienza este último capítulo de nuestra historia, hallábase fuera de la ciudad, mientras las monjas la esperaban con impaciencia y Teresa ágonizaba. Habia ya cumplido esta con todos sus deberes de católica, pero parecia escuchar con distraccion las bellas cosas que le decia el religioso que la auxiliaba, y proferia por momentos el nombre de Carlota.

Por fin llegó esta. Un carruage se detuvo delante de la puerta del convento y

la señora de Otway pálida y asustada, se precipitó en la celda de la moribunda.

Teresa pareció reanimarse á la vista de su amiga y con voz débil pero clara pidió las dejasen solas.

Carlota se puso de rodillas junto al lecho, á cuya cabecera ardian dos velas de cera, alumbrando una calavera y un crucifijo de plata. Teresa se incorporó un poco sobre sus almohadas y le tendió la mano.

Yo muero, dijo despues de un instante de silencio, y nada poseo, nada puedo legar á la compañera de mi juventud. Pero acaso pueda dejarle un extraño consuelo, un triste pero poderoso auxilio contra el mal que marchita sus años mas hermosos.

Carlota, tu estás cansada de la vida, y detestas al mundo y á los hombres... sin embargo tu has sido una muger feliz, Carlota; tu has sido amada con aquel amor que ha sido el sueño de tu corazón, y que hubiera hecho la gloria de mi vida si yo le hubiese inspirado. Tu has poseido sin

conocerla una de esas almas grandes, ardientes, nacidas para los sublimes sacrificios, una de aquellas almas excepcionales que pasan como exhalaciones de Dios sobre la tierra. Y bien, Carlota: ¿te cansa la existencia material? ¿necesitas la poesia del dolor? anhelas un objeto de culto?... Desata de mi cuello este cordon negro... en él está una pequeña llave: abre con ella ese cofrecito de concha... bien! ¿no ves dentro de él un papel ajado por mis lágrimas?... Toma ese papel, Carlota, y consérvale como yo le he conservado.

No recibí del cielo una rica imaginacion, ni una alma poética y exaltada: no he vivido, como tú, en la atmósfera de mis ilusiones. Para mí la vida real se presentó siempre desnuda, y la triste experiencia del infortunio me hizo comprender y adivinar muchos horribles secretos del corazon humano: sin embargo de eso, Carlota, muero creyendo en el amor y en la virtud, y á ese papel debo esta dulce creencia que me ha preservado del mas cruel de los males: el desaliento.

La voz de Teresa se apagó por un momento: pidió á su prima un vaso de agua y despues le reveló con mas firmeza el noble sacrificio del mulato.

El te dió el oro, la dijo, que decidió á Enrique á llamarte su esposa, pero no desprecies á tu marido, Carlota; el es lo que son la mayor parte de los hombres, ¡y cuantos existirán peores...

Quiera el cielo que no vuelvas algun dia los ojos con dolor hacia el pais en que has nacido, donde aun se señalan los vicios, se aborrecen las bajezas y se desconocen los crímenes: donde aun existen en la oscuridad, virtudes primitivas. Los hombres son malos, Carlota, pero no debes aborrecerlos ni desalentarte en tu camino. Es útil conocerlos y no pedirles mas que aquello que pueden dar: es útil perder esas ilusiones que acaso no existen ya sino en el corazon de una hija de Cuba. Porque hemos sido felices, Carlota, en nacer en un suelo virgen, bajo un cielo magnífico, en no vivir en el seno de una naturaleza raquítica, sino rodeadas de to-

das las grandes obras de Dios, que nos han enseñado á conocerle y á amarle.

Acaso tu destino te aleje algún día de esta tierra en que tuviste tu cuna y en donde yo tendré mi sepulcro: acaso en el ambiente corrompido de las ciudades del viejo hemisferio, buscarás en vano una brisa que refresque tu alma, un recuerdo de tu primera juventud, un vestigio de tus ilusiones: acaso no hallarás nada grande y bello en que descansar tu corazón fatigado. Entonces tendrás ese papel: ese papel es toda un alma: es una vida, una muerte: todas las ilusiones reasumidas, todos los dolores compendiados... el aroma de un corazón que se moría sin marchitarse. Las lágrimas que te arranque ese papel no serán venenosas, los pensamientos que te inspire no serán mezquinos. Mientras leas ese papel creerás como yo en el amor y en la virtud, y cuando el ruido de los vivos fatigue tu alma, refugiate en la memoria de los muertos.

La Teresa imprimió un beso en la frente de su amiga. Carlota la estrechó entre

sus brazos.... pero ¡ay! solo abrazaba ya á un cadáver!

A la melancólica luz de las velas, que alumbraban la calavera y el crucifijo, Carlota de rodillas, pálida y trémula, leyó junto al cadáver de Teresa la carta de Sab. Luego.... ¿para qué decir lo que sintió luego? Esa carta nosotros, los que referimos esta historia, la hemos visto: nosotros la conservamos fielmente en la memoria. Hela aquí.

CARTA DE SAB A TERESA.



Teresa: la hora de mi descanso se acerca: mi tarea sobre la tierra va á terminar. Cuando dejo este mundo, en el que tanto he padecido y amado, solamente de vos quiero despedirme.

He venido á morir cerca de mi madre y de mi hermano: pensé que su presencia,—la presencia de estos dos seres que me han amado,—dulcificaría mi agonía: pero me engañaba. Dios me guardaba aquí mi última prueba, mi postrer martirio.

Ella duerme, la pobre anciana, y la muerte la rodea: ella duerme junto á dos moribundos: ¡sus dos hijos que van á abandonarla! Os lo confieso: al ver hace un momento su frente calva, sureada por los años y por los dolores, reposar fatigada sobre mi pecho; y cuando su voz,—aquella voz que me ha dado el dulce nombre de hijo,—me decía—*Solo tú me quedas en el mundo*,—en aquel momento he deseado la vida y he llevado convulsivamente las manos sobre mi corazón, para arrancar de él el dolor que me mata.

Ah! sí: la muerte era mi único deseo, mi única esperanza, y al sentir su mano fría apretar mi corazón, he gozado una alegría feroz y he levantado á Dios mi corazón para decirle—Yo reconozco tu misericordia.

Pero al aspecto de esta anciana, que duerme arrullada por el estertor de un moribundo junto al cadavérico cuerpo de su último nieto, y que aun durmiendo me tiende los brazos y me dice—solo tú me quedas en el mundo,—sufro un nuevo género de combate, una terrible lucha. Siento el deseo de vivir y la necesidad de morir. Si, por ti quisiera vivir, pobre anciana, que te has compadecido del huérfano y que le has dicho—yo seré tu madre:—por tí que no te has avergonzado de amar al siervo, y que le has dicho—levanta tu frente, hijo de la esclava, las cadenas que aprisionan las manos no deben oprimir el alma.—Por tí quisiera vivir, para cerrar tus ojos y enterrar tu cadáver, y llorar sobre tu sepultura; y el abandono en que te dejo hace amarga para mí mi hora solemne y descada.

Y bien ¡Dios mío! ya acepto esta nueva prueba y agoto, sin hacer un gesto de repugnancia; la última gota de hiel que has arrojado en el caliz amargo de mi vida.

Yo muero, Teresa, y quiero despedirme de vos. ¿No os lo he dicho ya? creo que sí.

Quiero despedirme de vos y daros gracias por vuestra amistad, y por haberme enseñado la generosidad, la abnegación y el heroísmo. Teresa, vos sois una mujer sublime, yo he querido imitaros: pero ¿puede la paloma tomar el vuelo del águila? Vos os levantaiis grande y fuerte, ennoblecida por los sacrificios, y yo caigo quebrantado. Así cuando precipita el huracán su carro de fuego sobre los campos, la ceiba se queda erguida, iluminada su cabeza vencedora por la aureola con que la ciñe su enemigo; mientras que el arbusto, que ha querido en vano defenderse como ella, solo queda para atestiguar el poder que le ha vencido. El sol sale y la ceiba le saluda diciéndole—veme aquí,—pero el arbusto solo presenta sus hojas esparcidas y sus ramas destruidas.

Y sin embargo vos sois una débil mujer: ¿cuál es esa fuerza que os sostiene

y que yo pido en vano á mi corazón de hombre? Es la virtud quien os la dá?... Yo he pensado mucho en esto: he invocado en mis noches de vigilia ese gran nombre—¡la virtud!—Pero ¿qué es la virtud? ¿en qué consiste?... yo he deseado comprenderlo, pero en vano he preguntado la verdad á los hombres. Me acuerdo que cuando mi amo me enviaba á confesar mis culpas á los pies de un sacerdote, yo preguntaba al ministro de Dios qué haría para alcanzar la virtud. La virtud del esclavo, me respondía, es obedecer y callar, servir con humildad y resignación á sus legítimos dueños, y no juzgarlos nunca.

Esta explicación no me satisfacía. Y ¿qué! pensaba yo: ¿la virtud puede ser relativa? ¿la virtud no es una misma para todos los hombres? ¿El gran jefe de esta gran familia humana, habrá establecido diferentes leyes para los que nacen con la tez negra y la tez blanca? No tienen todos las mismas necesidades, las mismas pasiones, los mismos defectos? Por qué pues

:

tendrán los unos el derecho de esclavizar y los otros la obligación de obedecer? Dios cuya mano suprema ha repartido sus beneficios con equidad sobre todos los países del globo, que hace salir al sol para toda su gran familia dispersa sobre la tierra, que ha escrito el gran dogma de la igualdad sobre la tumba; ¿Dios podrá sancionar los códigos inicuos en los que el hombre funda sus derechos para comprar y vender al hombre, y sus interpretes en la tierra dirán al esclavo, —tu deber es sufrir: la virtud del esclavo es olvidarse de que es hombre, renegar de los beneficios que Dios le dispensó, abdicar la dignidad con que le ha revestido, y besar la mano que le imprime el sello de la infamia? No, los hombres mienten: la virtud no existe entre ellos.

Muchas veces, Teresa, he meditado en la soledad de los campos y en el silencio de la noche, en esta gran palabra: la virtud! Pero la virtud es para mí como la providencia: una necesidad desconocida, un poder misterioso que conciba pero que

no conozco. Entre los hombres la he buscado en vano. He visto siempre que el fuerte oprimia al débil, que el sabio engañaba al ignorante, y que el rico despreciaba al pobre. No he podido encontrar entre los hombres la gran armonía que Dios ha establecido en la naturaleza.

Nunca he podido comprender estas cosas, Teresa, por mas que se las he preguntado al sol, y á la luna, y á las estrellas, y á los vientos bramadores del huracán, y á las suaves brisas de la noche. Las densas nubes de mi ignorancia cubrian á pesar mio los destellos de mi inteligencia, y al preguntaros ahora si debeis á la virtud vuestra fortaleza se me ocurre una nueva duda, y me pregunto á mí mismo si la virtud no es la fortaleza, y si la fortaleza no es el orgullo. Porque el orgullo es lo mas bello, lo mas grande que yo conozco, y la única fuente de donde he visto nacer las acciones nobles y brillantes de los hombres. Decídmelo, Teresa, esa grandeza y abnegacion de vuestra alma, no es mas que orgullo?.... Y bien! ¿qué importa? Cual-

quiera que sea el nombre del sentimiento que dicta las nobles acciones es preciso respetarle. Pero ¿de qué carezco que no puedo igualarme con vos? ¿Es la falta del orgullo?... ¿es que ese gran sentimiento no puede existir en el alma del hombre que ha sido esclavo?... Sin embargo, aunque esclavo yo he amado todo lo bello y lo grande, y he sentido que mi alma se elevaba sobre mi destino. Oh! sí, yo he tenido un grande y hermoso orgullo: el esclavo ha dejado volar libre su pensamiento, y su pensamiento subía mas allá de las nubes en que se forma el rayo, ¿Cuál es pues la diferencia que existe entre vuestra organizacion moral y la mia? Yo os la diré, os diré lo que pienso. Es que en mí hay una facultad inmensa de amar: es que vos teneis el valor de la resistencia y yo la energía de la actividad: es que á vos os sostiene la razon y á mí me devora el sentimiento. Vuestro corazon es del mas puro oro, el mio es de fuego.

Habia nacido con un tesoro de entusiasmos. Cuando en mis primeros años de

juventud Carlota leía en alta voz delante de mí los romances, novelas é historias que mas le agradaban, yo la escuchaba sin respirar, y una multitud de ideas se despertaban en mí, y un mundo nuevo se desenvolvía delante de mis ojos. Yo encontraba muy bello el destino de aquellos hombres que combatían y morían por su patria. Como un caballo belicoso que oye el sonido del clarín me agitaba con un ardor salvaje á los grandes nombres de patria y libertad: mi corazón se dilataba, hinchábase mi nariz, mi mano buscaba maquinal y convulsivamente una espada, y la dulce voz de Carlota apenas bastaba para arrancarme de mi enagenamiento. A par de esta voz querida yo creía escuchar músicas marciales, gritos de triunfos y cantos de victorias; y mi alma se lanzaba á aquellos hermosos destinos hasta que un súbito y desolante recuerdo venía á decirme al oído:—Eres milato y esclavo.—Entonces un sombrío furor comprimía mi pecho y la sangre de mi corazón corría como veneno por mis venas hinchadas. ¡Cuántas veces

las novelas que leía Carlota referían el insensato amor que un vasallo concebía por su soberana, ó un hombre oscuro por alguna ilustre y orgullosa señora !.... Entonces escuchaba yo con una violenta palpitation, y mis ojos devoraban el libro : pero ay ! aquel vasallo ó aquel plebeyo eran libres, y sus rostros no tenían la señal de reprobacion. La gloria les abría las puertas de la fortuna, y el valor y la ambicion venían en auxilio del amor. ¿ Pero que podía el esclavo á quien el destino no abría ninguna senda, á quien el mundo no concedía ningun derecho ? Su color era el sello de una fatalidad eterna, una sentencia de muerte moral.

Un día Carlota leyó un drama en el cual encontré por fin á una noble doncella que amaba á un africano, y me sentí transportado de placer y orgullo cuando oí á aquel hombre decir : — *no es un baldon el nombre de africano, y el color de mi rostro no paraliza mi brazo.* Oh sensible y desventurada doncella ! ¡ cuánto te amaba yo ! oh Oteló ! ¡ qué ardientes simpatías

encontrabas en mi corazón! Pero tú (también eras libre! Tú saliste de la Libia ardiente y brillante como su sol: tú no te alimentaste jamás con el pan de la servidumbre, hice doblar tu soberbia frente delante de un dueño. Tu amada no vió en tus manos triunfantes, la señal de los hierros, y cuando le referías tus trabajos y hazañas, ningún recuerdo de humillación hizo palidecer tu semblante. Teresa! el amor se apoderó bien pronto exclusivamente de mi corazón: pero no le debilitó, no. Yo hubiera conquistado á Carlota á precio de mil heroísmos. Si el destino me hubiese abierto una senda cualquiera, me habría lanzado en ella.... la tribuna ó el campo de batalla, la pluma ó la espada, la acción ó el pensamiento.... todo me era igual: para todo hallaba en mí la aptitud y la voluntad, solo me faltaba el poder! Era mulato y esclavo. Cuántas veces, como el Paria, he soñado con las grandes ciudades ricas y populosas, con las sociedades cultas, con esos iamensos talleres de civilización en que el hombre de genio encuentra tantos desti-

nos! Mi imaginacion se remontaba en alas de fuego hacia el mundo de la inteligencia.—Quitadme estos hierros! gritaba en mi delirio: ¡quitadme esta marca de infamia! yo me elevaré sobre vosotros, hombres orgullosos: yo conquistaré para mi amada un nombre, un destino, un trono»

No he conocido mas cielo que el de Cuba: mis ojos no han visto las grandes ciudades con palacios de mármol, ni he respirado el perfume de la gloria: pero acá en mi mente se desarrollaba, á la manera de un magnífico panorama, un mundo de opulencia y de grandeza, y en mis insomnios devorantes pasaban delante de mi coronas de laurel y mantos de púrpura. A veces veía á Carlota como una vision celeste, y la oía gritarme—levántate y marcha!—Y yo me levantaba, pero volvía á caer al eco terrible de una voz siniestra que me repetía. Eres malato y esclavo!

Pero todas estas visiones han ido desapareciendo, y una imagen única ha reinado en mi alma. Todos mis entusiasmos se

han reasumido en uno solo—el amor! Un amor inmenso que me ha devorado. El amor es la mas bella y pura de las pasiones del hombre, y yo la he sentido en toda su omnipotencia. En esta hora suprema, en que víctima suya me inmolo en el altar del dolor, pareceme que mi destino no ha sido innoble ni vulgar. Una gran pasión llena y ennoblece una existencia. El amor y el dolor elevan el alma, y Dios se revela á los mártires de todo culto puro y noble.

En este momento, Teresa, yo le veo grande en su misericordia, y me arrojo confiado en su seno paternal. Los hombres le habian disfrazado á mis ojos, ahora yo le conozco, le veo, y le adoro. El acepta el culto solitario de mi alma... él sabe cuanto he amado y padecido: esas blancas estrellas, que velan sobre la tierra y oyen en el silencio de la noche los gemidos del corazón, le han dicho mis lamentos y mis votos. El los ha escuchado! Yo muero sin haber mancillado mi vida: yo muero abrazado en el santo fuego del amor! No po-

dré hacer valer delante de su trono eterno las virtudes de la paciencia y de la humildad, pero he poseído el valor, la franqueza y la sinceridad: Estas cualidades son buenas para la fuerza y la libertad, y en el esclavo han sido inútiles á los otros y peligrosas para el, pero han sido involuntarias.

Los hombres dirán que yo he sido infeliz por mi culpa; por qué he soñado los bienes que no estaban en mi esfera, por que he querido mirar al sol, como el águila, no siendo sino un pájaro de la noche; y tendrán razon delante de su tribunal pero no en el de mi conciencia: ella responderia.

Si el pájaro de la noche no tiene ojos bastante fuertes para soportar la luz del sol, tiene el instinto de su debilidad, y ningún impulso interior mas fuerte que su voluntad, le ha lanzado á la region á que no nació destinado. ¿Es culpa mia si Dios me ha dotado de un corazon y de un alma? Si me ha concedido el amor de lo bello, el anhelo de lo justo, la ambicion

de lo grande? Y si ha sido su voluntad que yo sufriese esta terrible lucha entre mi naturaleza y mi destino, si me dió los ojos y las alas del aguila para encerrarme en el oscuro albergue del ave de la noche, ¿podrá pedirme cuenta de mis dolores? ¿podrá decirme —¿por que no aquílaste el alma que te di? ¿por que no fuiste mas fuerte que yo, y te hiciste otro, y dejaste de ser lo que yo te hice?

Pero si no es Dios, Teresa, si son los hombres los que me han formado este destino, si ellos han cortado las alas que Dios concedió á mi alma, si ellos han levantado un muro de errores y preocupaciones entre mi y el destino que la providencia me habia señalado, si ellos han hecho inútiles los dones de Dios, si ellos me han dicho, —eres fuerte? pues sé débil:— ¿eres altivo? pues sé humilde:— tienes sed de grandes virtudes? pues devora tu impotencia en la humillacion:— tienes inmensas facultades de amar? pues sofócalas, por que no debes amar á ningun objeto bello y puro y digno de inspirarte amor. — Sientes la

noble ambición de ser útil á tus semejantes y de emplear en el bien general y en tu gloria, las facultades que te oprimen? Pues dóblate bajo su peso y desconócelas, y resígnate á vivir inútil y despreciado, como la planta estéril ó como el animal inmundo.... —Si son los hombres los que me han impuesto este horrible destino ellos son los que deben temer al presentarse delante de Dios: por que tienen que dar una cuenta terrible, porque han contraído una responsabilidad inmensa.

¿Saben ellos lo que pude haber sido?... por qué han inventado estos asesinatos morales aquellos que castigan con severas penas al que quita á otro hombre la vida? ¿por que establecen grandezas y prerogativas hereditarias? ¿tienen ellos el poder de hacer hereditarias las virtudes y los talentos? Por qué se rechazará al hombre que sale de la oscuridad, diciéndole =vuelve á la nada, hombre sin herencia, y consúmeme en tu ceno, y si tienes las virtudes y los talentos que faltan á tus dueños ahógalos, porque, te son inútiles!

— Teresa ! que multitud de pensamientos me oprime... la muerte que hiela ya mis manos aun no ha llegado á mi cabeza y á mi corazón. Sin embargo, mis ojos se ofuscan... paréceme que pasan fantasmas delante de mí. ¿No veis ? Es ella, es Carlota, con su anillo nupcial y su corona de virgen... pero la sigue una tropa escúalida y odiosa !... son el desengaño, el tedio, el arrepentimiento... y mas atrás ese monstruo de voz sepulcral y cabeza de hierro... *lo irremediable !* — Oh ! las mugeres ! pobres y ciegas víctimas ! Como los esclavos ellas arrastran pacientemente su cadena y bajan la cabeza bajo el yugo de las leyes humanas. Sin otra guia que su corazón ignorante y crédulo eligen un dueño para toda la vida. El esclavo al menos puede cambiar de amo, puede esperar que juntando oro comprará algun dia su libertad ; pero la muger, cuando levanta sus manos enflaquecidas y su frente ultrajada, para pedir libertad, oye al monstruo de voz sepulcral que le grita : — en la tumba. — ¿No ois una voz, Teresa ? Es la de los fuertes que

dicto á los débiles: —Obediencia, humildad, resignacion... esta es la virtud.— Oh! yo te compadezco, Carlota, yo te compadezco aunque tú gozas y yo espiro, aunque tú te adormeces en los brazos del placer y yo en los de la muerte. Tu destino es triste, pobre ángel, pero no te vuelvas nunca contra Dios, ni equivoques con sus santas leyes las leyes de los hombres. Dios no cierra jamás las puertas al arrepentimiento. Dios no acepta los votos imposibles. Dios es el Dios de los débiles como de los fuertes, y jamás pide al hombre mas de lo que le ha dado.

¡Oh qué suplicio!... no es la muerte, no son vulgares zelos los que me martirizan; sino el pensamiento, el presentimiento del destino de Carlota... verla profanada! á ella! á Carlota, flor de una aurora que aun no habia sido tocada sino por las auras del cielo... ¡y el remedio imposible!... ¡lo imposible! ¡qué palabra de hierro!... Y estas son las leyes de los hombres, y Dios calla... y Dios las sufre! Oh! adoremos sus juicios inescrutables... ¿quién puede

comprenderlos?... Pero no, no siempre callarás, Dios de toda justicia! no siempre reinareis en el mundo error, ignorancia y absurdas preocupaciones: vuestra decrepitud anuncia vuestra ruina. La palabra de salvacion resonará por toda la estension de la tierra: los viejos ídolos caerán de sus inmundos altares y el trono de la justicia se alzará brillante, sobre las ruinas de las viejas sociedades. Sí, una voz celestial me lo anuncia. En vano, me dice, en vano lucharán los viejos elementos del mundo moral contra el principio regenerador: en vano habrá en la terrible lucha dias de oscuridad y horas de desaliento.... el dia de la verdad amanecerá claro y brillante. Dios hizo esperar á su pueblo 40 años la tierra prometida, y los que dudaron de ella fueron castigados con no pisarla jamás: pero sus hijos la vieron. Sí, el sol de la justicia no está lejos. La tierra le espera para rejuvenecer á su luz: los hombres llevarán un sello divino, y el ángel de la poesia radiará sus rayos sobre el nuevo reinado de la inteligencia.

Teresa! Teresa! la luz que ha brillado á mis ojos los ha cegado... no veo ya las letras que formo... las visiones han desaparecido... la voz divina ha callado... una oscuridad profunda me rodea... un silencio... no! lo interrumpe el estertor de un moribundo, y los gemidos que arranca la pesadilla á una vieja que duerme.—Quiero verlos por última vez... pero yo no veo ya!., quiero abrazarlos... mis pies son de plomo!... Oh! la muerte! la muerte es una cosa fría y pesada como... ¿como que? ¿con que puede compararse la muerte?

Carlota!... acaso ahora mismo...—muera yo antes—Dios mío!... mi alma vuela hácia ti... adios, Teresa... la pluma cae de mi mano... adios!., yo he amado, yo he vivido... ya no vivo... pero aun amo.»

Pocos días después de la muerte de la religiosa, Carlota, cuya delicada salud declinaba visiblemente, manifestó á su marido el deseo de probar si la mejoraban

los aires de Cubitas, reputados generalmente por muy saludables.

Enefecto, á principios del mes siguiente dejó la ciudad, y acompañada unicamente de Belen y dos de sus mas fieles esclavos, trasladose á Cubitas, donde fué recibida por todos aquellos honrados labriegos con manifestaciones del mayor regocijo.

Su primer cuidado fué preguntar por la vieja Mártina al mayoral de la estancia; pero con gran pesar supo que habia muerto hacia seis meses.

La buena vieja, añadió el mayoral, desde la muerte de Sab y de su ultimo nieto puede decirse que no vivia. Constantemente enferma solo se la veia salir todas las tardes, cerca de anochecer, amarilla y flaca como un cadáver, para ir á su paseo favorito seguida de su perro.

Carlota no tuvo necesidad de preguntar cual era su paseo favorito, pues un labriego que se hallaba presente añadió inmediatamente.

Es muy ciérto lo que dice mi compadre: todas las noches cuando venia yo de mi

:

estancia veia dos bultos, uno grande y otro mas pequeño, á los dos lados de la cruz de madera que pusimos sobre la sepultura del pobre Sab, y donde tambien enterramos al nieto de Martina. Aquellos dos bultos no llamaban ya la atencion de nadie: todos sabiamos que eran la vieja y el perro. Desde que murió la una ya no vemos mas que un bulto, pero ese está constantemente alli. De dia y de noche se ve al pobre Leal tendido al pie de la cruz, y solo desampara su puesto alguna que otra vez, para venir á recibir de mi compadre algun hueso ó piltrafa.

Eso no es exactamente verdad, repuso el mayoral, que no pocas veces son buenas presas de vaca, y no piltrafas ni huesos, las que se engulle el tal animalillo. Pero ¿quién ha de tener corazon para negarle un bocado á ese perro tan fiel, que pasa su vida al lado de los huesos de sus amos, y que ademas está ya viejo y ciego?

La señora de Otway despidió á los dos interlocutores dándoles pruebas de su generosidad, y manifestándose agradecida al

mayoral de la que, segun decia, habia usado con el pobre animalillo que ya no tenia dueño.

Permaneció mas de tres meses en Cubitas, pero su salud continuaba en tan mal estado y vivia en un retiro tan absoluto, que nadie volvió á verla en la aldea. Al principio hablábase mucho entre los estancieros de aquella rara dolencia de la señora de Otway, que nadie, ni aun su esclava favorita, acertaba á calificar; y se murmuraba la indiferencia de su marido que la dejaba sola en situacion tan delicada. Pero bien pronto la atencion de los pocos habitantes de la aldea fue llamada hácia otra parte y se dejó de pensar en Carlota.

Circulaba rapidamente la voz de un acontecimiento maravilloso, cual era que la vieja india, al cabo de medio año de estar enterrada, volvia todas las noches á su paseo habitual, y que se la veia arrodiarse junto á la cruz de madera que señalaba la sepultura de Sab, esactamente á la misma hora en que lo hacia mientras vivió

y con el mismo perro por compañero. Este rumor encontró facil acceso, pues siempre se habia creido en Cubitas que Martina no era una criatura como las demas. Los mas incrédulos quisieron observar aquella pretendida aparicion, y el asombro fue grande y la certeza absoluta cuando estos mismos confirmaron la verdad del hecho; solo sí que adornado con la estraña circunstancia de que la vieja india al volver á la tierra, se habia transformado de una manera singular, pues los que la habian sorprendido en su visita nocturna aseguraban que no era ya ni vieja, ni flaca, ni de color aceitunado, sino jóven, blanca y hermosa cuanto podia conjeturarse, pues siempre tenia cubierto el rostro con una gasa.

El ruido de esta vision ocupaba esclusivamente las noches ociosas de los labriegos y nadie se acordó mas de Carlota, hasta el dia en que agravándose su dolencia se vió precisada á volverse á Puerto-Príncipe.

Por una coincidencia singular aquel mismo dia murió Leal y dejó de verse la vi-

sion. Los observadores de la visitadora nocturna, cuando fueron aquella vez, solo encontraron el cadáver del fiel animalito, que por dictámen del mayoral fue sepultado junto á sus amos: honor debido justamente á su prodigiosa lealtad.

Desde entonces nadie ha vuelto sin duda á orar al pie de la tosca cruz de madera, único monumento erigido á la memoria de Sab: pero acaso se acuerde todavía algún sencillo labrador de la tierra roja, del tiempo en que una vieja y un perro venian á visitar aquella humilde sepultura, y de la vision misteriosa que posteriormente se dejó ver todas las noches por espacio de tres meses, en el mismo lugar.

Desearíamos tambien dar noticias al lector de la hermosa y doliente Carlota, pero aunque hemos procurado indagar cual es actualmente su suerte, no hemos podido saberlo. Verosímilmente su marido, cuyas riquezas se habian aumentado considerablemente en pocos años, muerto su padre habrá creído conveniente establecerse en una ciudad marítima y de mas considera-

cion que Puerto-Príncipe. Acaso Carlota, como lo habia previsto Teresa, existirá actualmente en la populosa Londres. Pero cualquiera que sea su destino, y el pais del mundo donde habite, ¿habrá podido olvidar la hija de los trópicos, al esclavo que descansa en una humilde sepultura bajo aquel hermoso cielo?

FIN.

